



“La victoria sobre un movimiento separatista puede llenar de jugo histórico y nacional un período de medio siglo. Pero ello necesita que las manos victoriosas sean capaces de extraer ese jugo y que la mente de los vencedores albergue, inequívoco, el sentido profundo de otra España. No confiamos en que eso ocurra. El estilo más que trasnochado de quienes gobiernan, el tono conservador, egoísta y antiheroico de los partidos hoy agrupados en el Poder, justifican la previsión de que todo se desperdicie...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 401 (2ª Época). Febrero 2026

1. **¿Adiós a las armas?.** *Manuel Parra Celaya*
2. **Nosotros ¿los fascistas?** *Carlos León Roch*
3. **Trump desnuda el Orden Internacional.** *José Ignacio Moreno Gómez*
4. **Juan Carlos, por Stanley Payne y Jesús Palacios.** *José Lorenzo García*
5. **A los partidos políticos no les interesa la verdad.** *David Guillem-Tatay*
6. **Si te llaman fascista.** *Chapu Apaolaza*
7. **El testimonio de Concha Espina en la Guerra Civil como “prisionera” inicia su rescates.** *Alfredo Valenzuela*
8. **Mercedes Formica. Retrato apasionado de una mujer valiente.** *José Alsina Calvés*
9. **Para la izquierda todos somos fascistas.** *Sergio Vila-Sanjuán*
10. **Canción para un tiempo nuevo.** *Eduardo López Pascual*

Hace días que viene coleando -como serpiente de verano pero en cruda época invernal- un cierto debate sobre la oportunidad o no de imitar a numerosas naciones de nuestro entorno europeo en cuanto a una vuelta al servicio militar, ese que Aznar, en sus pactos entreguistas a Jordi Pujol borró de un plumazo, dejando el artículo 30 de la Constitución en aparente suspenso, ya que no podía legalmente abolirlo: entre paréntesis digamos que se suma a una larga lista de incumplimientos de la Carta Magna, empezando por las afirmaciones rotundas del Título Preliminar...

Pero, al parecer, el debate ya ha quedado zanjado, pues existe una curiosa unanimidad entre las cúspides políticas y castrenses en negar la mayor, aunque sea en versión de voluntarismo; por supuesto, como era de esperar, el Gobierno del PSOE se opone; el PP “ni siquiera se ha planteado el tema”, y apoya esta “indiferencia” en que, en la actualidad, en los conflictos bélicos han adquirido protagonismo las nuevas tecnologías; ante esta razón de peso de la Oposición, huelga recordar aquel adagio castrense de que una guerra no se puede dar por ganada mientras la infantería no domine el territorio enemigo, pero no insistamos sobre el particular para no incomodar al Sr. Feijoo y sus voceros...

Desde fuentes profesionales de las FF.AA. se poya la unanimidad de los políticos, matizando que “la vuelta a un servicio militar, sea obligatorio o voluntario, tendría -atención al dato- una explicación muy compleja ante la opinión pública”; otros cercanos a estas fuentes aducen, además de insistir en “el aspecto sociológico” y la “mentalidad de los jóvenes”, razones económicas de peso. Por último, rescato de mi hemeroteca particular un editorial de ABC (22-XII-25) donde se propone la sugerencia de “crear un servicio cívico-militar voluntario en unidades como la UME”, en el supuesto de que esta tiene atractivo popular. Pero uno recuerda que en diversas localidades (Pamplona, Barcelona...) la presencia militar en tareas de desinfección fue contestada con ignominiosas caceroladas, porque el adversario seguía siendo, en definitiva, el Ejército español; añadido que otros ciudadanos contrarrestaban con sus aplausos estas manifestaciones de odio, no llevadas, por cierto, ante los tribunales...



Se omite en este debate apenas incoado el problema real: el constante y feroz antimilitarismo que se ha ido inculcando, desde hace varias décadas, a la población

española; ha calado como una enfermiza visceralidad, ausente en las demás naciones de nuestro entorno, lo que se une a la búsqueda del confort que da el neocapitalismo, a la ausencia del sentido de la responsabilidad, y, por qué no, a la cobardía social, que no se atreve a la discrepancia ni, mucho menos, a la hipótesis de empuñar las armas en defensa de la Patria.

De forma que es inútil esgrimir los ejemplos de nuestros vecinos, y no solo por la lejanía de esos posible conflictos que no cesa de pontificar la señora Van de Leiden. Sino sobre todo por esa mentalidad que ha sido inculcada desde las propias instituciones y sus medios.

Acudo a mi memoria personal y recuerdo que, aun en el ejercicio de mi profesión docente como profesor de literatura, ante un comentario de un Episodio Nacional galdosiano, pregunté a mis alumnos cuántos estarían dispuestos a defender a la Patria con sus armas en caso de invasión; la respuesta me dejó ojiplático: solo dos de entre treinta alumnos levantaron la mano; el resto opinaba que mejor largarse o convivir en paz con el invasor; hablo de hace unos quince años, con lo cual se demuestra que la siembra del antimilitarismo había hecho efecto.

En consonancia con todo esto, hay que constatar el divorcio existente entre los Ejércitos y la sociedad, solo menguado porque una parte de ella se niega sistemáticamente a aceptar el lavado de cerebro que incluye, cómo no, un supuesto pacifismo, cuando los Ejércitos son los primeros en propugnar la paz por la cuenta que les trae... Claro que, en caso de conflicto -que Dios no lo quiera- las bravatas del mundo político llegarían a lo más alto y las propagandas belicistas formarían parte de los programas electorales, en caso de que estos persistieran.

En consecuencia, casi estuve a punto de sumarme a las voces unánimes sobre la inoportunidad de recobrar el servicio militar, aun voluntario. Solo me salvan de esta opinión pesimista tres razones que estimo de peso: la primera, que particularmente me siento orgulloso de haber vestido el caqui con los galones de Cabo y cumplido mi Servicio Militar -con juramento ante la bandera incluido- cuando me correspondió; en una buena herencia que dejó a mis hijos y a mis nietos.

La segunda es que, de vez en cuando, me gusta asomarme a la historia de España y compruebo que, incluso en épocas de decadencia similares a la actual, se han realizado milagros por parte de un pueblo español igualmente adormecido o maleducado por sus dignatarios.

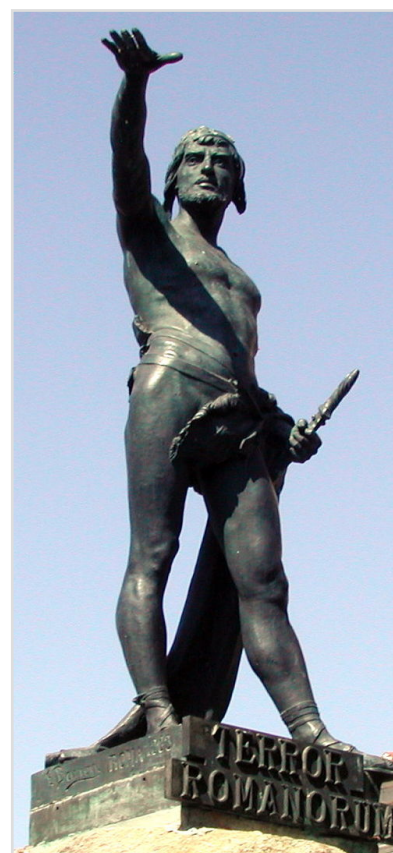
La tercera que sé de buena tinta que existe una gran parte de los jóvenes actuales que ya se ha rebelado contra las abducciones que les han impuesto sus mayores, creen en España, apuestan por el patriotismo bien entendido y no forman parte de una sociedad adormecida, cómoda y cobarde.

Muchos de nosotros, joseantonianos irredentos, hemos pasado gran parte de nuestras vidas –algunas afortunadamente longevas- intentando desmentir ese falso atributo que nuestros contrarios –o enemigos- nos atribuyen: fascistas. Hemos aducido miles de veces, las propias manifestaciones de José Antonio al respecto, en una época (años 30 del siglo XX) en que el fascismo (el italiano, el auténtico) estaba en la cresta de la ola, en plenitud de apoyo popular y de éxitos. Hemos aportado, además, numerosos trabajos de magníficos joseantonianos, como mi ilustre colega el profesor Dr. Laín Entralgo, Sigfredo Hillers, Manuel Cantarero y tantos otros... Inútil empresa. Nuestros contrarios (y nuestros enemigos) nos tienen etiquetados como fascistas ¡para siempre! y no tenemos más remedio que “apechugar” con eso.

Porque lo peor del fascismo (el italiano, el auténtico) fue ceder a la presión en los Alpes y aliarse con el seudofascismo racista alemán y, además, perder la guerra.

España se libró, por los pelos del nacionalsocialismo alemán, de su presión, y se libró de de la II Guerra Mundial y de las invasiones, primero alemanas y después aliadas...pero no nos hemos librado del sambenito.

Pero ¿quién puede negar la influencia del fascismo en el estilo y la estética falangista? ¿Quien puede renunciar al saludo romano de la mano abierta en son de paz? ¿Quién puede olvidar la trascendental ayuda italiana contra el bolchevismo? Pero ahí acaba nuestra mácula fascista...



Volved a José Antonio, a Sigfredo, a Manolo, a Ceferino, a Narciso, a Diego... y a tantos otros que han elaborado –y siguen haciéndolo- la doctrina nacional-sindicalista. Todos ellos, ya en los luceros, como solemos mencionar en nuestra irrenunciable poesía que promete, han aportado firmes argumentos que rechazan la catalogación de fascista a la doctrina nacional-sindicalista.

Naturalmente, ya en la “Norma Programática de la Falange”, de noviembre de 1934, redactada por José Antonio, destacan los primeros “Puntos” de exaltación patriótica, de unidad y de jerarquía. Sin embargo, ya en el nº9 se declara la concepción

de España en lo económico, como “un gigantesco sindicato de productores”; se repudia tajantemente el sistema capitalista; se defiende la nacionalización del servicio de Banca y se protege el derecho (¡y el deber!) al trabajo. En el Punto 19 se declara la “redistribución de la tierra cultivable”, con las expropiaciones evidentemente implícitas y finalmente, en el P.20 “reclama un orden nuevo, para implantarlo, en pugna con las resistencias del orden vigente, aspira a la Revolución Nacional”.

Como siempre decimos, en la política integradora hay que tener visión binocular, la única manera de ver en profundidad, con los dos ojos bien abiertos, derecho e izquierdo. Solo Falange “ve bien”.

3

Trump desnuda el orden internacional. El imperio sin máscara frente al Derecho sin fuerza

José Ignacio Moreno Gómez

No hay que ser ningún analista experto para darse cuenta de que el orden internacional es —lo ha sido siempre— algo tan inestable, tan precario y tan previsiblemente destinado a derrumbarse, como un frágil castillo de naipes. Solo los más ingenuos de nuestras sociedades occidentales, dirigidas por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial se han venido creyendo que el Derecho Internacional era algo más que buenos deseos. El Derecho Internacional —alumbrado, no lo olvidemos, por nuestros pensadores de la Escuela de Salamanca—, desgraciadamente, no pasa de ser un bello desiderátum de escasa eficacia real. Para que la tuviera, habría que estar en condiciones de decir lo que dijo, al tiempo que mostraba la artillería de que disponía, aquel práctico y eficaz canciller y regente que fue nuestro egregio cardenal Cisneros: “Estos son mis poderes”.

Donald Trump no es equiparable a Cisneros: el presidente de los EEUU no pasa de ser un grandísimo villano; un tipo petulante y envanecido, pero que está dispuesto a arrancar los disfraces a todos los invitados al baile de máscaras en que consiste el llamado Orden Internacional. El actual presidente de los EEUU quita máscaras sin recato alguno, comenzando por tirar de la del propio Tío Sam. Lo cual tiene su punto de descarnada y, si se quiere, brutal honestidad.

Es notorio que desde Nüremberg hasta nuestros días, pedir responsabilidades por delitos internacionales, crímenes contra la Humanidad, crímenes de guerra o crímenes contra la paz ha sido prerrogativa exclusiva de potencias fuertemente armadas, con más cañones que los que exhibió Cisneros. Nadie pidió explicaciones a los británicos que bombardearon Dresde, ni al presidente Truman, quien ordenara el lanzamiento de bombas atómicas sobre un Japón vencido de facto; o a Nixon que lanzó toneladas de napalm sobre Vietnam. Podríamos seguir poniendo sangrientos ejemplos hasta llegar a

nuestros días. Es constatable que la ONU y sus distintos órganos: Asamblea General, Consejo de Seguridad, Corte Internacional de Justicia, todos ellos coordinados por el Secretario de turno, nunca han sido agentes demasiado confiables para gestionar la paz ni la seguridad; tampoco el desarrollo ni la justicia planetaria. China, Francia, Rusia, Reino Unido y Estados Unidos, con su “derecho de veto” han tenido capacidad para bloquear unilateralmente la aprobación de cualquier resolución "sustantiva". Esta facultad ha permitido a cualquiera de estas naciones, al margen del resto, defender sus propios intereses nacionales, aún en contra de los intereses de la mayoría del planeta; y, sobre todo, de la recta razón y del Derecho y la Justicia (con mayúsculas)

A día de hoy, tres potencias siguen disputándose la hegemonía planetaria: EEUU, Rusia y China. Gran Bretaña, aunque con menor potencial que antaño, es fiel aliada de USA; y Francia que disputó el poder europeo a Alemania, está en un claro declive, al igual que lo están Alemania y la Unión Europea en su conjunto. El poder anglo tiene también su brazo en Oriente Medio con Israel y otro brazo en Europa por medio de la OTAN. Tristemente y de siempre, el imperio angloseño ha estado cimentado en poco más que el egoísmo, el orgullo, la fuerza y, sobre todo, la hipocresía.

En su segundo mandato, parece que el histriónico y villanesco presidente Trump está dispuesto a mostrar que el rey andaba desnudo. Ya lo sabíamos, pero ¡fuera las caretas! Quede a todos claro que no hay más legalidad internacional que la que está respaldada por la fuerza. Las cosas son como son y no como deberían ser. ¿Hay —por cierto— posibilidad alguna de encontrar un absoluto “deber ser” en este mundo donde todo es relativo? Porque esta es otra debilidad del Orden Internacional.

El derecho necesita de la fuerza para ser efectivo, convirtiendo las leyes en mandatos reales y no simples sugerencias. Sin la capacidad de imponerse, la ley pierde su valor o, al menos, este disminuye considerablemente. Bien sabemos los españoles dónde han quedado las resoluciones de Naciones Unidas sobre Gibraltar o sobre el Sahara. En un mundo habitado por ángeles, lo natural sería la obediencia por deber o razón, y no por coacción. Pero no es el caso

El egoísmo se disfraza de mil maneras: una de ellas, dado que el hombre presume de racional, es la ideología. Construimos “verdades” a nuestro antojo y conveniencia. Y les damos categoría de principios morales. En esto consiste el relativismo. Trump pasa por encima de ideologías: no reconoce otra última instancia que su propia “moralidad”, por encima de cualquier opinión o referencia.

D. Ramiro de Maeztu —otro español—, en su obra Defensa de la Hispanidad ya advertía de cómo por negación de una verdad objetiva se ha sostenido que los hombres no pueden entenderse y, por ende, los conflictos solo han de resolverse a favor del más fuerte. Decía Maeztu que se ha querido fundamentar la libertad para todas las doctrinas en una universal Babel; y, así, postulada la incomprensión de todos, ha sido necesario concebir el derecho como el mandato de la voluntad más fuerte o de la

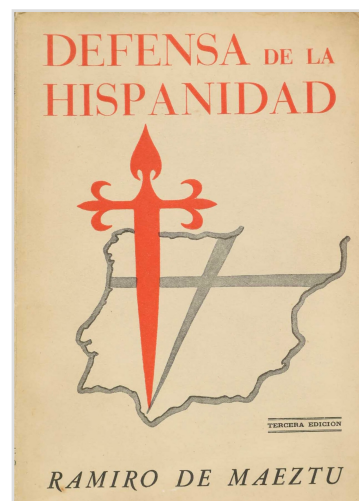
mayoría de voluntades, y no como el dictado de la razón al bien común. ¿Pero qué otro imperio, salvo el Hispano, estuvo dispuesto (a ratos) a someter su fuerza a un designio superior y divino: a un Derecho Natural y a un Derecho de Gentes que emanaban de la recta ordenación de la razón al bien común?

No es casual la hispanofobia actual del yanqui, pues hubo una anticipada modernidad española, que repele a todos los identitarios del mundo; y que es aquella que, frente al empeño de autofundamentación moral, se orientó, más bien, hacia una sobrehumanación del hombre, tal y como nos enseñaba lúcidamente Manuel Lizcano. El hombre sobrehumano es lo contrario de ese superhombre tan caro al liberalismo y al fascismo multifacético en el que se ubican la mayoría de los demócratas y antifascistas vencedores de la SGM. El hombre sobrehumanado es aquel que se reconoce apto para escapar, partiendo de la naturaleza, hacia la utopía; y, al mismo tiempo, hermanarse con dicha naturaleza y con sus semejantes. El hombre sobrehumanado de la modernidad hispánica fue el que reconoció —desde una coherencia con el mensaje cristiano— clamorosamente al indio como igual; fue el iniciador, o acaso continuador, de una tradición comunera y libertaria; fue el rebelde calderoniano y tiranícida que hace frente sin miramientos al Leviatán hobbesiano.

Reconocer que existe una única Verdad, de la que dimana un Derecho, sigue sin ser garantía de que la justicia impere en el mundo, pues seguimos necesitando de la coerción; pero, al menos, a algunos nos da tranquilidad saber que hay algo más fuerte que la voluntad de los hombres, y que, al final —aunque no sabemos cuándo— acabará imponiéndose.

Donald Trump y su cohorte nuevo-derechista muestran la cara más esperpéntica del hombre viejo del occidente postmoderno. Han recuperado una mitología nacionalista: ¡América es lo primero!; o ¡los españoles primero!, como dicen algunos por aquí. Y caiga quien caiga, pues no todos los hombres están llamados a la gracia, y el éxito será señal inequívoca de predestinación, de acuerdo con el paradigma calvinista.

Pero Trump no es peor que los demás líderes potentes. De momento, les ha dado una satisfacción a los Venezolanos acogotados por Maduro, que prefieren cierto respiro aún a costa de que les roben la patria. Trump va a jugar fuerte en el Atlántico: con OTAN, sin OTAN o contra la OTAN, comenzando por Groenlandia y acabando donde haga falta. No olvidemos en España que Marruecos sería un fidelísimo aliado de Trump a este otro lado del océano, concretamente en la zona de Canarias. La cuña sionista en el Medio Oriente va a hincarse un poco más en el territorio entre ríos; sobre



todo, si el Irán sojuzgado por los ayatolás pasa a manos de un nuevo Sha. Para el resto, la elección será entre el *american way of life* paradigma, decían, de la libertad (aunque en el paquete se incluya la barbarie policial de la ICE). O bien, la triste pobreza de horizontes de los chinos sometidos al capitalismo de estado; o la desesperación nihilista del ruso desarraigado. El burka nunca será una alternativa en occidente, pues la memez tiene un límite.

Para quienes, sin embargo, no creemos que se haya llegado tan lastimosamente al fin de la Historia, pensamos que una política fundamentada en otras bases, en otros modelos de cooperación más auténticamente solidarios, podría aún resolver los problemas de la maltrecha humanidad; mucho más, que la técnica, a la que nos hemos sometido y que no pasa de tener un valor instrumental. Hace falta una profunda revolución de las conciencias. Se hace necesario el cambio, desde el actual paradigma que genera simultáneamente derroche y lujo junto a necesidad y miseria, a otro más austero y más cercano a las antiguas unidades de convivencia. Esto implica destruir estructuras de poder y repartirlo en tareas y funciones. Como rezaba un eslogan de la Falange Auténtica de la Transición: “No queremos el poder, queremos la libertad”. Esto es, volver al individuo y de ahí ir escalando por todas sus unidades de convivencia, hasta llegar al Estado, como preconizara José Antonio. Y luego buscar lazos con otras naciones, como los que antaño unían a la cristiandad.

“Lo pequeño es hermoso”, escribió Schumacher. Pero, más aún, centrarnos en nuestras realidades más íntimas hoy es más necesario que nunca. Tanto como establecer mecanismos que aseguren una democracia real, poniendo también las reservas de capital al servicio de todos. En definitiva, frente a los árbitros del mundo y sus arbitrariedades, urge que asumamos nuestra dignidad, nuestra libertad y la igualdad esencial de todos los miembros del género humano. Frente a los poderes descomunales, recobremos nuestro espíritu de guerrilla —otro invento español—. España no pinta nada en el Orden Internacional. En nuestra izquierda predomina la bellaquería; en la derecha el sometimiento y la adulación al Sheriff. Frente al desorden nacional e internacional, habría que reinventar otro gran movimiento que entendiese el significado de la palabra Patria.

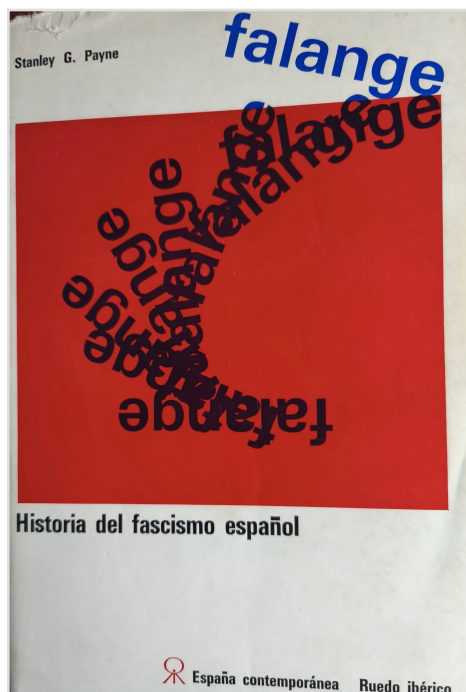
4

Juan Carlos, por Stanley Paune y Jesús Palacios

José Lorenzo García

Un trabajo pionero , pero científico, ya que fue resultado de una tesis doctoral en la Columbia University (1961) del luego prestigioso historiador Stanley G. Payne ,fue prácticamente mi primera lectura crítica acerca de la trayectoria de nuestra Falange (Falange. Historia del Fascismo Español. Ruedo Ibérico. Paris.1965). El libro que estaba prohibido en España, me lo regaló mi hermano que lo había adquirido en un

viaje profesional a Biarritz, realizado a fines de 1970. En nuestra etapa de “formación de militancia” “del FES de los años 60 fue, aparte de las Obras Completas de José Antonio, junto con el “FRENTE A FRENTE” (texto incompleto del inicuo proceso de Alicante escrito y publicado semiclandestinamente por el jurista José María Mancisidor) uno de los libros de cabecera



imprescindibles para el debate político en las Facultades, Escuelas Técnicas y en las habituales confrontaciones dialécticas con otros grupos afines y contrarios. Este historiador norteamericano se ha convertido ya en una referencia esencial para explicar y tratar el controvertido y manipulado hasta la saciedad termino de fascista. Ha publicado textos muy importantes sobre las características y manifestaciones de este fenómeno político europeo del siglo XX en todas sus vertientes y manifestaciones. Deteniéndose con enorme acierto en el caso español. Concretamente el franquismo y la Falange. En aquel entonces, el título de la obra no nos daba ninguna especial satisfacción, pero el análisis crítico se ajustaba bastante a la realidad.

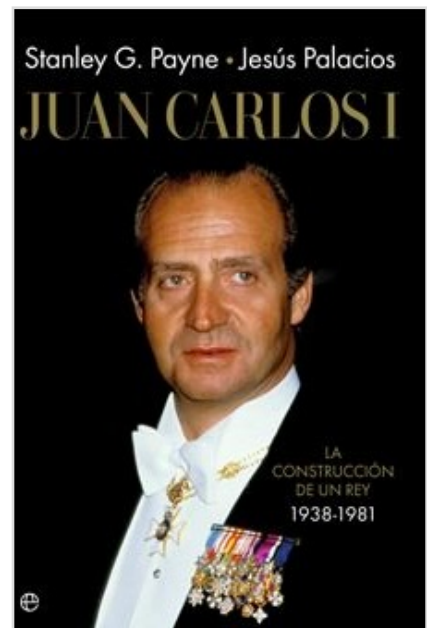
Jesús Palacios es un reconocido especialista en historiar la última etapa del Franquismo y la Transición. Sus principales protagonistas, personajes claves y otros más escondidos y ocultos, que desempeñaron un papel esencial en su desarrollado para lograr cambiar el sistema político creado por Franco. En este caso, que glosamos en este artículo, se centra sobre la construcción y desarrollo personal y político del actual rey emérito, Juan Carlos de Borbón y Borbón, desde su nacimiento en 1938 hasta el denominado “golpe institucional” del 23F de 1981. La labor investigadora de Jesús Palacios es muy notable en ese campo y su precisión verbal le ha llevado también a ser llamado para intervenir en diferentes foros audiovisuales.

Ambos historiadores han trabajado (como decía Payne en su ensayo pionero a la manera del maestro Tucídides) de forma exhaustiva, con fuentes orales directas de personas vivientes, reuniendo notas personales, documentos privados y también consultando fuentes de los archivos más importantes y abriendo otros nuevos de documentos desclasificados recientemente . De la Administración de Estados Unidos. Documentos de la Fundación Francisco Franco . Incluyendo también citas de casi toda la bibliografía “científica” existente sobre el tema. El resultado son 543 páginas, divididas en una introducción, IX capítulos y casi 900 notas aclaratorias.

Lo más importante para mí de esta obra es el análisis casi psicológico de la personalidad, aunque muy conocida, pero nunca analizada con rigor, del

comportamiento de Juan Carlos de Borbón durante toda su trayectoria personal y desarrollo político. Esencialmente, las tensas e irregulares relaciones con su padre D. Juan de Borbón. Al que también se retrata como un buen “jugador “ a varias bandas (Hitler, Mussolini, Franco, oposición al franquismo, pacto con las izquierdas...) para intentar siempre ser proclamado Rey. Único sucesor de la dinastía borbónica, como heredero de su padre Alfonso XIII, que abandonó España al asustarse por el resultado de las elecciones municipales de abril 1931 y que dieron como resultado la proclamación de la Segunda República. Asimismo, son analizadas aquí sus dudas finales ante la “operación institucional “ del 23F (a semejanza de la organizada en Francia ante la crisis de Argelia denominada “De Gaulle”). Según esta obra, operación planificada con mucha antelación y seguida minuciosamente por el CESID del comandante José Luis Cortina Prieto, (recuerdo ahora que a finales de los cincuenta, fue mi Jefe del Distrito de Arganzuela de Madrid del Frente de Juventudes), con la colaboración de Armada y Milans... y consensuada con todas las fuerzas políticas de entonces. Con la planificación de un “SAM“ (supuesto anticonstitucional máximo). Abortada finalmente por el propio Tejero, al conocer los componentes del denominado “gobierno de concentración”. Los acontecimientos llegaron a provocar, según los fidedignos testimonios del otro actor antagonista, Sabino Fernández Campos, sollozos de emociones encontradas en el Rey.

Documentaciones nuevas, testimonios esenciales de protagonistas, algunos desgraciadamente ya desaparecidos ofrecen en esta obra un relato que ya parece definitivo sobre las maniobras políticas de la Transición. La actitud de Don Juan. El pensamiento real de Franco sobre la monarquía tradicional (una “antigualla”), y su deseo, no logrado totalmente, de una Reinstauración política personal. El acoso a Suárez de sus barones. El chantaje de los separatistas. El paroxismo del terrorismo cebado esencialmente en la cúpula militar. El 23 F (quizás se trata del capítulo más documentado). La participación de Estados Unidos. Finalmente, la calificación de la España actual como un “estado fallido”... Todo ello y mucho más, hacen que esta obra pueda ser casi definitiva para explicar la historia de España de esos años. ” JUAN CARLOS. La Construcción de un Rey“ (1938-1981). La Esfera de los Libros. 2025.



Uno de los valores que, desde hace tiempo, ha ido perdiendo permanencia ha sido, y sigue siendo, la verdad. En efecto, desde la reciente época del relativismo, se ha conseguido enraizar en la conciencia colectiva que cada uno tiene su verdad, porque cada uno tiene su punto de vista. Y todos los puntos de vista son respetables.

Pero no. Eso, tajantemente, no es así. Y no lo es por dos motivos:

Por un lado, porque ni todos los puntos de vista son respetables, ni todas las ideas son respetables. Lo que sí es digno de respeto son las personas. Pero no todas las ideas.

Por otro lado, y con más certeza, si cabe, porque un punto de vista no abarca la complejidad de la realidad; sino que, como decía Ortega, ésta, para ser conocida más holísticamente, debe ser mirada y descrita desde varias perspectivas, no sólo desde una. El diálogo entre ellas sí puede, y sólo puede, en su caso, alcanzar el conocimiento de esa realidad.

Porque la realidad, como decía Zubiri, está puesta, es imponente, se nos impone. Y, por ende, supera, con mucho, un solo punto de vista. Ahora bien, ese referido diálogo debe estar presidido por el reconocimiento y, aquí también, el respeto a la verdad. Porque si no, ¿sobre qué versa ese diálogo, entonces?

Pero, ¿qué es la verdad? La categoría que está conectada con la realidad. Por eso, realidad y verdad son inseparables. Y por eso, como decía José Antonio, la verdad es una categoría permanente de razón. Una razón, añadimos por nuestra parte sobre la base de la cita de Ortega acabada de recoger, dialógica y argumentativa sobre la realidad, que es tanto como decir sobre la verdad, a la que, entre todos, hay que buscar, como decía Machado.

Todo esto lo digo por las explicaciones que estamos escuchando por parte del Presidente del Gobierno y, sobre todo, por parte del Ministro de Transportes, acerca de los recientes accidentes de tren.

La información y las explicaciones que han dado y están dando los políticos, salvo alguna excepción muy contada (excepción que no se encuentra, precisamente, en



el Gobierno), son explicaciones fabricadas. No son, por tanto, explicaciones descriptivas y explicativas de la realidad. Y, al no serlo, no son verdad. Y lo contrario de la verdad es la mentira.

Pero no están íntimamente conectadas con la realidad porque la finalidad de las explicaciones de esos políticos no es la búsqueda de la verdad, sino evitar perder el poder. La política, en lugar de descansar sobre la verdad que da lugar al servicio a los ciudadanos, se basa únicamente en el propio interés y en el del partido político en el que se milita, lo que deviene, como decimos, en la búsqueda del mantenimiento del poder a toda costa.

Si ese mantenimiento en el poder exige mentir, se miente. Si para eso se fabrica una explicación, se fabrica. Como la política ya no se basa en la verdad, en la realidad, y, por tanto, el servicio a los ciudadanos ha dejado de ser el principio moral que la rige, se sigue como consecuencia, lamentablemente lógica y real, que los ciudadanos, sobre todo las personas que sufren, como es el caso del referido accidente, ya no les importamos ni a los políticos ni a los partidos. Y, si alguna vez les importamos, es únicamente por propio interés y rédito político.

De modo que, repitémoslo, la mentira, el propio interés, la falta de servicio y el único fin de mantenerse en el poder son las máximas de los partidos políticos, sobre todo de quienes detentan ese poder, es decir, en este caso, el Gobierno actual.

No es necesario aclarar, pero hay que hacerlo para evitar posibles confusiones, que se ha respondido mal por la mediocridad de los miembros que conforman el Gobierno. Eso es incuestionable.

Lo que manifestamos es que, unido a ello, las informaciones que se han dado y se siguen dando por el Ministro de Transportes acerca de las causas del accidente son absolutamente falaces, justificando tal falacia, como venimos diciendo, sobre la base de explicaciones fabricadas. Necesitan hacerlo así por las causas indicadas en este artículo. Y por esos dos motivos, este Gobierno únicamente es merecedor del reproche más profundo, por decirlo educadamente.

Conviene recordar, por pertinente, las palabras de José Antonio en el Discurso pronunciado en el Teatro Calderón de Valladolid, el 4 de marzo de 1934: “Los partidos políticos nacen el día en que se pierde el sentido de que existe sobre los hombres una verdad, bajo cuyo signo los pueblos y los hombres cumplen su misión en la vida. Estos pueblos y estos hombres, antes de nacer los partidos políticos, sabían que sobre su cabeza estaba la eterna verdad, y en antítesis con la eterna verdad la absoluta mentira.”

El tertuliano me llamó fascista en televisión: «Fascista que defiende el fascismo». Todos hemos escuchado discutir a los demás y hemos discutido con ellos; a veces resulta divertido y otras, muy desagradable. La discusión tiene que ver con que uno argumenta que se ajusta más al orden de la naturaleza. Para que la discusión funcione, los contendientes deben estar también de acuerdo en ese orden que representan en conceptos, palabras y magnitudes compartidas o, de lo contrario, la discusión carece de sentido.

En el prefacio de 'Mero cristianismo', C. S. Lewis reniega del uso de 'cristiano' para referirse a alguien que, sin seguir las doctrinas de Cristo, comparte aproximadamente sus valores. Lewis explica cómo corre el riesgo de la palabra 'caballero', que ha perdido sentido. Antes representaba una información concreta sobre alguien —que disponía de un escudo de armas y de tierras—. Más tarde, se fue deformando hasta representar a alguien que se comportaba como un caballero: cortés, honorable y valiente. Alguien con buenas intenciones. Llamar a alguien 'caballero' en este nuevo sentido, propone Lewis, deja de ser un modo de dar información —tiene un escudo de armas— para convertirse en una forma de alabanza en la que ni siquiera todos tienen por qué estar de acuerdo. «Cuando una palabra deja de transmitir información para transformarse en un elogio —o en lo contrario, añado—, deja de comunicar hechos acerca del objeto». Decir de alguien que es un caballero significa poco más que decir que es una persona que le gusta a quien lo describe. Lo mismo sucede con 'fascista', que ya solo explica que quien lo usa contra alguien, lo odia. Hablamos de uno de esos términos rotos de tanto usarlos, como el amor de la canción, de los que ya no quieren decir nada, como 'machista' o 'facha', que se emplean para desacreditar al contendiente, para matar su argumentario, y que en concreto ya no hablan más que de quien los pronuncia.



Antonio Maestre me llamó fascista en televisión, digo, porque está enfadado con mis opiniones y porque no teme encasillarse en el papel de matón de barrio. Durante un tiempo estuve pensando en el prefacio de Lewis y en cómo 'fascista' ya no solo no quiere decir nada, sino que es un insulto que puede convertirse incluso en un cumplido. El día de la discusión, Antonio Maestre —que cuando se enfurece se le ponen, como le dijo Raúl del Pozo a Santiago Carrillo, los ojos de revólver— había

publicado un artículo en el que cargaba contra la oposición venezolana en España, llamándolos «escoria infecta» y «gusanera fascista». Si otro escribe ese texto, le bombardean el búnker de Berlín, pero es sabido que a la izquierda no le tira la sisa de la palabra.

Pensé que, si para el tertuliano ser un fascista era luchar por la democracia en tu país, si ser fascista era jugarte el tipo por defender tus ideas a riesgo de perder la libertad, la hacienda y la vida; si abandonar tu país por no cerrar la boca ante una dictadura era ser un fascista, con mucho gusto me contaría entre ellos.

7

El testimonio de Concha Espina como “prisionera” en la Guerra Civil inicia su rescate

Alfredo Valenzuela para Agencia EFE

Candidata al Nobel, Concha Espina fue la primera escritora española que vivió de su obra, de las primeras españolas en divorciarse -con la asesoría de su amiga Clara Campoamor-, saludó la llegada de la República y escribió en favor de los desamparados, y ahora su rescate literario se inicia con su testimonio sobre la Guerra Civil como «prisionera».

«Diario de una prisionera» son los diarios que escribió y conservó clandestinamente durante el primer año de la Guerra Civil, que luego se publicaron en plena contienda, en 1938, y que no habían vuelto a salir de la imprenta hasta ahora que los ha rescatado Ediciones del 98 con la intención de continuar hasta completar la pentalogía que la novelista dedicó a un conflicto bélico que partió a España en dos durante decenios.



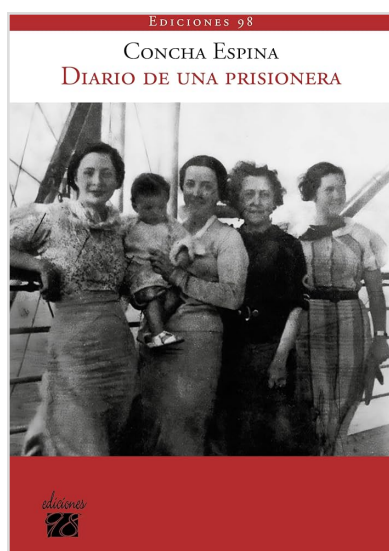
Sus diarios de guerra los escribió entre el inicio del estallido bélico, que la sorprendió en su casa de vacaciones de Cantabria -en Luzmela (Mazcuerras), y agosto de 1937, que se produjo la entrada del ejército franquista, periodo durante el cual estuvo retenida en su domicilio -tenía a dos hijos luchando contra los republicanos- y se la sometió a varios interrogatorios en una checa santanderina.

Concha Espina, además de que se tradujo en vida a todas las lenguas cultas, defendió el sufragio femenino y mantuvo en su casa madrileña tertulias a las que

asistían Federico García Lorca, José Antonio Primo de Rivera, Antonio Machado y Ortega y Gasset, entre otros escritores de agudo ojo crítico que valoraron su obra como Cansinos Assens, Menéndez Pelayo y Gregorio Marañón.

El director de Ediciones del 98, Jesús Blázquez, califica a Concha Espina como «un caso único entre los escritores españoles» por el número de ocasiones en que se la propuso al Premio Nobel de Literatura desde Francia Suecia y Estados Unidos, país en el que dictó numerosas conferencias en universidades y acaparó reconocimientos como el de adjunta a la presidencia de la Hispanic Society de Nueva York.

«Es una escritora que tiene una voz propia y una calidad literaria indiscutibles; además de ser una mujer que defendió a las demás mujeres y a los desfavorecidos procurando que se reconocieran derechos a los mineros, el voto femenino y el divorcio», ha dicho a EFE Jesús Blázquez, para añadir:



«La calidad de su prosa, la hondura de los perfiles psicológicos de sus personajes, particularmente de los femeninos que solían protagonizar sus novelas, y la riqueza de su vocabulario ofrecen un disfrute seguro a quienes la lean; y en cuanto a lo que escribió sobre la Guerra Civil, que estalló cuando ella tenía 67 años, considero que es de lo más interesante de su obra por la profundidad de su análisis».

La pentalogía de Concha Espina sobre la Guerra Civil -los siguientes títulos que se reeditarán serán «Retaguardia» (1937) y «Luna roja» (1939)- supone para el editor «una auténtica memoria histórica escrita por un testigo que vivió en propias carnes aquellos trágicos sucesos que merece la pena dar a conocer a los lectores para que se formen una opinión fundada sobre lo que sucedió, y espero que ello contribuya a que nunca se repita».

8

Mercedes Formica. Retrato apasionado de una mujer valiente

José Alsina Calvés para Posmodernia

Por segunda vez, María José Ibáñez salta al panorama literario. Su primera incursión fue con la obra *Nosotras y vosotros. Feminismo equitativo*. Pero, si esta primera obra de María José era una recopilación de artículos, ahora nos encontramos con una obra completa, muy bien trabada desde el principio.

Lo primero que hay que señalar es la plena identificación de la autora con la biografiada. Salvando el espacio temporal, estas dos mujeres comparten dos pasiones: la militancia falangista y una misma versión del feminismo, la que pide igualdad de derechos sin hacer ningún llamamiento a una guerra entre sexos, sino todo lo contrario.

Es de justicia resaltar que la autora se enfrenta a una cuestión complicada, el papel de la Falange, o mejor, de los falangistas, en el franquismo. Lejos de las posiciones extremas, de los que creen que los falangistas tuvieron un gran poder en el franquismo, o al contrario, los que sostienen que estuvo en la “oposición”, la autora traza visión mucho más realista. Es cierto que, con el decreto de unificación, desaparece la Falange como actor político autónomo, pero no desaparecen los falangistas. Algunos, como José Antonio Girón, actúan dentro de las estructuras del régimen. Otros, como Eugeni D’Ors o la propia biografiada, se apartan de las estructuras de poder, pero siguen defendiendo y propagando sus ideas desde la sociedad civil.

Por caminos diversos, ideas falangistas permearon al régimen (ahí está la seguridad social, obra de Girón, o los avances hacia una legislación más igualitaria para las mujeres, conseguida por Mercedes Formica), pero hay que señalar que, aunque tuvieron influencia, está fue siempre menor que la de los monárquicos alfonsinos o la de los opusdeístas.

A pesar de no tener muy buenas relaciones con la Sección Femenina, es gracias a la mediación de Mercedes Sanz Bachiller y Pilar Primo de Rivera que Mercedes Formica puede acceder a una audiencia con el jefe del Estado, Francisco Franco. En el curso de esta entrevista la biografiada muestra al general todas las leyes vigentes que discriminaban a las mujeres. Desde el punto de vista histórico lo más interesante es que la mayoría de estas leyes eran heredadas, algunas de la Restauración, pero también de la República, como la famosa ley del divorcio, que, a pesar de su palabrería progresista, no era en absoluto favorable a las mujeres, las cuales, en caso de divorcio, quedaban en situación de auténtica indefensión.

Como consecuencia de esta entrevista, se producen una serie de importantes cambios legislativos, siendo de destacar, por sus importantes consecuencias, el cambio de denominación del domicilio familiar de “domicilio del marido” a “domicilio conyugal”.



Mercedes Formica, además de su actividad como abogada y periodista, fue también escritora. Es muy interesante el análisis que realiza María José Ibáñez, no solamente de sus obras literarias, sino de la traslación cinematográfica de algunas de ellas. Utilizando sus amplios conocimientos de análisis literario (la autora es filóloga y profesora de lengua y literatura española) va desgranando todos los elementos estilísticos, estructurales y de contenido de *La ciudad perdida* y de *A instancia de parte*.

En el anexo se incluye una entrevista, realizada por José Luis Pécker, en su programa Gente Importante de la SER a Mercedes Formica, en el año 1975, así como diversos textos de la biografiada.

Para terminar, quiero referirme a la Conclusión, que lleva como título “La mirada femenina del pasado imperfecto”. En este corto escrito María José Ibáñez sintetiza, de forma magistral, todos los elementos característicos de esta obra. Lejos de la mirada aséptica de la crítica, muestra una clara identificación personal, subjetiva y apasionada con la biografiada, que se resume en la frase del inicio: *Acercarme de puntillas a la obra.....de Mercedes Fórmica, ha reverdecido algunas hojas secas de mi vida*.

La identificación apasionada no es obstáculo para la seriedad en que se presentan los acontecimientos históricos, ni para el rigor de los análisis literarios. El compromiso ideológico de la autora vuelve a aparecer, de forma nítida, en la frase que rubrica la conclusión: *Mercedes Formica, ¡Presente!*.

No es un libro “para mujeres”. Es un libro escrito por una mujer para todos aquellos que se interesan por la verdad histórica y la belleza literaria, sin distinción de sexos.

9

Para la izquierda todos somos fascistas

Luis E Ibáñez para El Debate

Las izquierdas españolas de los años treinta, republicanas o socialistas, que en esto se distinguían poco, dieron enseguida en ver fascistas por todas partes. Los veían ya en fecha tan temprana como 1933, cuando fascistas, lo que se dice fascistas, en España eran tres y el que toca la guitarra. Apenas habían pasado de conatos las primeras iniciativas abiertamente inspiradas en el fascismo italiano, como la impulsada por el periodista canario Manuel Delgado Barreto, director del diario maurista La Acción, que fundó en 1922 La Camisa Negra, una revista tan efímera como minoritaria, o La Traza, un grupo anticatalanista organizado en 1923 por oficiales de la guarnición de Barcelona. No fue fascista, desde luego, la dictadura de Primo de Rivera, proclamada en septiembre de ese mismo año, que respondía más bien a los típicos perfiles del regeneracionismo autoritario conservador, y menos aún

su Unión Patriótica Española, partido poco operativo y carente de apoyo efectivo de masas.

El fascismo terminaría por aparecer en España, como lo hizo en toda Europa, pero lo haría muy tarde y con fuerza más bien risible. Sus primeras bocanadas las dio en abril de 1930 bajo los ropajes del extravagante Partido Nacionalista Español, fundado por el neurólogo valenciano José María Albiñana. Pero incluso este enclenque movimiento, más estético que ideológico, se inspiraba en la derecha radical



francesa antes que en la italiana. El fascismo de verdad vio la luz poco después, cuando Ramiro Ledesma Ramos, un joven funcionario de Correos, impulsó la fundación del semanario *La Conquista del Estado*, y, mas o menos a la vez, el abogado Onésimo Redondo fundaba en Valladolid las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica. Pero incluso tras fusionarse ambos grupos, en octubre de 1931, en las llamadas Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) no pasaron de unos pocos cientos de militantes, que se esfumaron cuando, por su simpatía hacia el golpe de Sanjurjo de agosto de 1932, fueron ilegalizadas, como el PNE de Albiñana. Lo dicho: tres y el que toca la guitarra.

La llegada al poder de Hitler, en enero de 1933, galvanizó a los fascistas españoles. Pero el caldo de cultivo resultaba aún poco nutritivo para alimentar su crecimiento. Los financieros e industriales que en Italia o Alemania habían apoyado a los fascismos apostaban en España por monárquicos y, sobre todo, cedistas. Más receptivo a sus directrices, el joven José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador logró cierto apoyo de aquellos, que financiaron su Falange Española desde octubre de 1933. Solo entonces puede hablarse con propiedad de un fascismo español, aunque sigue tratándose de un fascismo peculiar, antiliberal y antimarxista, pero católico y muy influido por el tradicionalismo español. Activistas y violentos desde el principio, los falangistas tampoco lograron convertirse en un partido de masas, con una representación en las Cortes que se limitaba a dos diputados, y no lo serían tampoco tras fusionarse con las JONS en febrero de 1934. Un Gobierno de centro-derecha,

como el de entonces, a pesar de la ayuda monárquica e italiana, no resultaba propicio a los designios antisistema del débil fascismo español.

Pero las cosas cambiaron pronto. José Antonio se sacudió la tutela monárquica y se erigió en líder único del partido, que empezó a crecer tanto en afiliación como en radicalismo, dejando atrás sus veleidades intelectuales y monárquicas, y centrándose en el entrenamiento militar de sus todavía reducidas milicias. Las elecciones de 1936 no trajeron para el partido muchos votos; las masas conservadoras confiaban aún en la CEDA. Pero la victoria del Frente Popular y la quiebra del orden que caracterizó a la primavera de 1936, con sus ocupaciones de fincas y sus asaltos a iglesias y locales derechistas, cambiaría en muy poco tiempo sus expectativas. Decenas de miles de jóvenes tan desencantados con el parlamentarismo como convencidos de la inminencia de la revolución bolchevique dispararon la militancia de una Falange cuya ilegalización en marzo nada pudo hacer para detener su progresión.

Para entonces, los fascistas españoles ya no eran tres y el que toca la guitarra, sino decenas de miles. Pero no tantos como aseguraban las izquierdas obreras, que, deseosas de apoyar con argumentos sus ansias revolucionarias, veían fascistas por todas partes desde octubre de 1934. Fascista vaticanista –fenómeno tan peculiar como un marxista católico– era Gil-Robles, el enemigo por excelencia de las izquierdas, pero también Lerroux, cuya ejecutoria republicana parecía haberse esfumado por arte de magia en la memoria de los líderes obreros. Bien extraño debía de ser aquel fascismo que había permitido a su enemigo jurado, tras haber sido amenazado de muerte por él, ganar unas elecciones y regresar al poder poco más de un año después. Pero la izquierda entera terminó por contagiarse del despropósito. Cuando Casares Quiroga habló por vez primera ante las Cortes como nuevo presidente del Gobierno, el 19 de mayo de 1936, se proclamó beligerante, pero no contra la violencia generalizada, sino contra «el fascismo», expresión a la que dio el contenido ambiguo y extenso que solía darle por entonces la izquierda, que parecía abarcar a la derecha en su conjunto.

Como hoy en día. Quizá no lo hacen aún los políticos, excepto el inefable Pablo Iglesias, que, nostálgico del 36, lanzó hace tiempo una demencial alerta antifascista. Pero lo hacen, y mucho, los simpatizantes de la izquierda, que empezaron calificando de fascista a Vox, como si fuera lo mismo ser derecha radical que fascista, y han empezado a extender ahora el calificativo al más bien timorato Partido Popular y a todos los que, sencillamente, no simpatizan con esa izquierda irreconocible que ha olvidado los principios universalistas y solidarios que le dan su razón de ser para abrazar los postulados identitarios del reaccionario movimiento woke. Corren tiempos difíciles para la democracia. Y no son solo los fascistas quienes la amenazan, sino esa izquierda en crisis de identidad que ha abandonado a los humildes, dejando el campo libre para quienes, sencillamente, muestren algún interés en escucharles.



Cuando ya ha terminado el año
y otro tiempo nos empieza,
nosotros decimos muy claro
que seguimos en la brecha.
Hoy que todo parece mentira,
que se vive atado a la tierra
torpe y sin empresa,
queremos cantar brazo en alto
que tenemos izada la bandera,
que nuestra mirada es firme
ante un futuro de España,
porque la obra de José Antonio
nunca jamás será olvidada.
Que somos la España eterna,
la de venturas y la de gestas,
donde aún quedamos nosotros
proclamando primaveras.
No importan los sordos ruidos,
las palabras rojas de mañana
que salen de bocas mezquinas,
con calumnias que fracasan,
jamás nadie podrá callarnos
si decimos la verdad somera.
Nuestra historia y su memoria

amanecen limpias e intactas
por los campos y los pueblos
de nuestra milenaria España,
que es legado de mis mayores,
que su vida cayó en campaña,
y ahora caminan entre luceros
por un cielo azul lleno de magia.
A nosotros nos toca hoy el alza,
a nosotros nos llegan lágrimas,
ante una patria que está herida,
más nos ampara la fe y el alma.
Porque somos y seremos siempre
quienes cuidamos de las rosas,
los que soñamos con la poesía,
los que buscamos primaveras
de patria, de pan y de justicia.

(Eduardo López Pascual, 2 enero 2026)

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com

